HARLEQUIN Deseo



Treinta días de pasión

Maureen Child

Deseo™

Treinta días de pasión

Maureen Child



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 2007 Maureen Child. Todos los derechos reservados.
TREINTA DÍAS DE PASIÓN, Nº 25 - 23.1.08
Título original: Thirty Day Affair
Publicada originalmente por Silhouette® Books

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-5825-0
Depósito legal: B-51115-2007
Editor responsable: Luis Pugni

Capítulo Uno

–Hunter –murmuró débilmente Nathan Barrister mientras contemplaba la impresionante mansión de piedra a orillas del lago Tahoe–. Te mataría si estuvieras aquí ahora.

Pero Hunter Palmer no estaba allí y él no podía matar al que había sido su mejor amigo porque estaba muerto.

La fría capa de hielo que envolvía el corazón de Nathan se derritió un poco al recordarlo, pero tras muchos años de práctica, no le fue difícil ignorar aquella punzada de dolor. Los remordimientos eran una pérdida de tiempo.

«Una pérdida de tiempo tan grande como el próximo mes», pensó.

Al bajarse del coche que había alquilado, metió el pie en un montículo de nieve y, suspirando de disgusto, se sacudió el zapato.

Tendría que haber escuchado a la em-

pleada de la agencia de alquiler de coches. Ella había intentado decirle que alquilara un coche con tracción a las cuatro ruedas, en lugar del deportivo que había escogido. Pero, ¿quién habría esperado una nevada en mitad de marzo?

Nathan esbozó una amarga sonrisa.

Tendría que haberlo previsto. Había crecido en el este y sabía bien que la nieve podía caer en cualquier momento, sobre todo estando a tanta altura. Pero había pasado tanto tiempo intentando olvidar su pasado, que ya ni siquiera recordaba las inclemencias del tiempo.

El aire estaba frío y fresco, y el cielo, tan azul que le escocían los ojos al mirarlo. Un viento helado azotó los pinos circundantes, agitando las copas y sacudiendo la nieve que quedaba sobre ellas.

Nathan se estremeció y se cerró bien la chaqueta de cuero. No quería estar en ese lugar, y mucho menos pasar un mes allí. De hecho, él nunca se quedaba en un mismo sitio más de unos días seguidos. Además, estar allí le hacía pensar en cosas que había desterrado de su mente muchos años atrás.

Con pocas ganas, se dirigió a la entrada de la casa. El crujir de la nieve bajo sus pies

era el único ruido que se oía en aquel paraje.

No tendría que haber estado allí, sino en el hotel de su familia, en Tahití, revisando la contabilidad y buscando nuevas opciones de expansión. Al mes siguiente pasaría una semana en Barbados y después se marcharía a Jamaica.

Nathan era un hombre inquieto. Nunca se daba la oportunidad de echar raíces y por eso se quedaba poco tiempo en un mismo lugar... hasta ese momento.

Si hubiera habido alguna forma de librarse de aquello, él la habría encontrado. Había intentado encontrar alguna trampa en el testamento de su amigo, un subterfugio que le permitiera mantener la cordura sin faltar a su última voluntad, pero hasta los abogados de la familia Barrister le habían dicho que el documento no daba ningún lugar a dudas. Hunter Palmer se había asegurado de que sus amigos no pudieran elegir sino satisfacer sus deseos.

–Te estás divirtiendo, ¿verdad? –susurró dirigiéndose a su difunto amigo.

En ese momento el viento sacudió los pinos y se oyó lo que parecía el eco de una risotada.

–Bien. Estoy aquí. Y trataré de aguantar el mes entero –murmuró Nathan.

Con un poco de suerte, Hunter dejaría de aparecer en sus pesadillas una vez cumpliera su última petición.

Había un sobre blanco pegado a la puerta principal. Nathan subió los peldaños cubiertos de nieve y sacó el mensaje. En su interior encontró una llave y una hoja de papel.

Hola. Soy su ama de llaves, Meri. Estoy muy ocupada y por eso no he podido recibirlo. No creo que podamos vernos antes de que se vaya, pero aquí tiene la llave de la casa. La cocina está bien surtida de provisiones y el pueblo de Hunter's Landing está a unos veinte minutos, por si necesita algo más. Espero que usted y los demás disfruten de su estancia.

Sin pensar, apretó el puño, arrugando la nota.

Los demás...

Nathan recordó aquellos años locos en Harvard. Habían sobrevivido a una dura carrera en una universidad de prestigio y habían terminado siendo más que hermanos. Ante ellos se extendía el camino hacia el éxito...

Aquella noche de juerga habían jurado construir una casa juntos y reunirse diez años más tarde. Cada uno tendría que pasar un mes allí y, al cabo del séptimo mes, se reunirían para hablar de los viejos tiempos.

Sí. Se suponía que tendría que ser así, pero entonces...

Nathan sacudió la cabeza y ahuyentó las memorias del pasado. Metió la llave en la cerradura y entró en el recibidor. Desde allí se podía ver un amplio salón con paredes de madera. En el flamante hogar de piedra ardía una lumbre acogedora y los muebles parecían cómodos y suaves.

Pensó en el ama de llaves y en el pueblo cercano. Ojalá no lo molestara nadie, pues ya tenía bastante con estar atrapado en ese lugar. Lo último que necesitaba era compañía.

No había ido hasta allí para hacer amigos, sino para honrar la memoria de aquél al que había perdido mucho tiempo atrás.

Una hora después, Keira Sanders agarró la enorme cesta que estaba en el asiento de pasajeros y salió de la camioneta dando un

portazo. Aunque llevaba botas, resbaló en el fango y tuvo que hundir los talones para mantener el equilibrio. Lo último que quería era conocer a los invitados de Hunter Palmer llena de fango y nieve.

–No daría muy buena impresión –murmuró al echar un vistazo a la fachada principal.

Aquella mansión resplandecía como una joya en la penumbra. La luz que se filtraba por las ventanas caía sobre el suelo en charcos dorados y la columna de humo que salía por la chimenea se inclinaba en la dirección del viento helado que venía del lago. El techo a dos aguas y los árboles cercanos estaban cubiertos por un manto blanco. El invierno se resistía a marcharse, pero a Keira le encantaba que fuera así.

Había algo en el frío y la quietud de la nieve que siempre le había parecido... mágico. En ese momento le habría gustado estar de vuelta en su casita de Hunter's Landing, acurrucada al lado de la chimenea, con una copa de vino y un buen libro.

Sin embargo, estaba allí para recibir al primero de los seis hombres que pasarían treinta días en la mansión junto al lago. Keira sintió mariposas en el estómago. Aquello

era muy importante para el pueblo, y también para ella.

Dos semanas antes había recibido una carta formal de parte del abogado de un hombre llamado Hunter Palmer. En ella le habían hecho una extraña petición.

Si cada uno de los hombres se quedaba un mes entero, al cabo de seis meses destinarían veinte millones de dólares a obras benéficas, y una gran parte de ese dinero iría a parar a Hunter's Landing. También donarían la casa, que sería convertida en un centro vacacional para pacientes convalecientes de cáncer.

Keira respiró hondo y se calmó un poco. Como alcaldesa del pueblo, tenía que comprobar que aquellos hombres siguieran la voluntad del difunto, y no podía desperdiciar esa oportunidad, que permitiría la construcción de una nueva clínica, unos juzgados y...

Agarró la cesta con fuerza y se arregló la solapa del abrigo. Se puso erguida y, con una sonrisa de plástico, se preparó para conocer al primero de los hombres que cambiarían el destino de Hunter's Landing.

A Keira se le daba bien la gente y estaba decidida a hacer que todo saliera bien. Los

haría quedarse un mes completo y les haría saber cuánto significaba aquello para su pueblo natal y para ella.

Con esa idea en mente, inhaló una bocanada de aire gélido y se dirigió a la puerta de entrada. Las botas hacían ruido al aplastar la nieve, pero no tardó en resbalar sobre una placa de hielo.

Agarró la cesta con todas sus fuerzas y balanceó los brazos para estabilizarse, pero no encontró un punto de apoyo y, al tambalearse hacia delante, se dio cuenta de que perdería no sólo el equilibrio, sino también la dignidad.

–¡Au! –gritó al caer al suelo.

Aterrizó sobre el trasero y se dio un golpe tan fuerte que le rechinaron los dientes. La cesta cayó a un lado y Keira se quejó en alto, con la esperanza de que el contenido estuviera bien sujeto.

–Bueno, esto no es perfecto.

La puerta se abrió de golpe y todo se llenó de luz. Ella parpadeó ante el hombre que apareció en el umbral.

Aquélla no era la forma en que había planeado conocer a Nathan Barrister.

–¿Quién es usted? –le preguntó él, sin molestarse en ayudarla.

–Estoy bien. Gracias –dijo ella.

Tenía los pantalones empapados y fríos.

–Si por casualidad está pensando en demandar a alguien, debe saber que no soy el propietario.

–Vaya –por un momento Keira olvidó levantarse.

Se quedó estupefacta y lo miró fijamente.

–Menudo imbécil –masculló la joven.

–¿Disculpe?

–¿Lo he dicho en alto?

–Sí.

–Lo siento.

–¿Está herida?

–No. Sólo en mi orgullo –dijo, a pesar de que le dolía todo el cuerpo y estaba helada.

No obstante, pensó sacarle partido a la situación, así que levantó una mano.

–¿Podría ayudarme?

Él murmuró algo ininteligible y bajó los escalones con sumo cuidado. Entonces la agarró de la mano y la hizo incorporarse de golpe.

El tacto de aquellos dedos fuertes y cálidos fue muy... agradable. Keira no había esperado algo así y él bajó la mano bruscamente, como si se hubiera quemado. Ella

se preguntó si habría sentido aquella chispa al tocarla.

Keira se sacudió los pantalones y lo miró con mucha curiosidad. Por alguna razón había esperado que fuera un hombre de más edad, pero no era el caso. Era alto, esbelto, de espaldas anchas, cintura estrecha y largas piernas. Además, a juzgar por cómo la había levantado del suelo, era un hombre bastante fuerte.

En otras circunstancias, ese encuentro habría sido un flechazo para ella, pero aquella expresión ceñuda era suficiente para desanimar a las más enamoradizas. Tenía el pelo negro y lo llevaba cortado justo por encima del cuello de la camisa. Sin embargo, tenía un gesto rígido en el rostro y aquellos ojos azules la miraban con sospecha. Sus labios dibujaban una seria mueca que lanzaba un claro mensaje: no era bienvenida en aquella casa.

–Vaya. ¿Es que está enfadado o es por mí?

Él resopló con fuerza.

–Quien quiera que sea, no la he invitado y no estoy interesado en conocer a mis vecinos.

–Bien –dijo ella con una sonrisa iróni-

ca–, porque no tiene. La casa más cercana está a dos millas hacia el norte.

Él frunció el ceño.

–Entonces, ¿quién es usted?

–Keira Sanders –dijo ella y le extendió una mano.

Las normas de educación finalmente le hicieron darle la mano y... volvió a ocurrir algo... una pequeña descarga de electricidad. ¿Acaso él lo había sentido también?

Keira estaba empezando a disfrutar de la situación. Hacía mucho tiempo que no sentía atracción por nadie y tenía que admitir que era muy agradable volver a sentir esa chispa.

Al estrecharle la mano, ella esbozó una sonrisa ante aquel gesto huraño. Era un tipo difícil, pero ella había lidiado con gente mucho peor en el pasado, y no estaba dispuesta a dejar que su mal humor se interpusiera entre el bien del pueblo y aquel testamento.

–Soy la alcaldesa de Hunter's Landing y vengo a darle la bienvenida.

–No tenía que haberse molestado.

–No es molestia –se dio la vuelta y recogió la cesta–. Es un regalo de bienvenida, cortesía de la Cámara de Comercio.

Dicho lo cual, Keira se dirigió hacia la puerta.

–Si no le importa... –empezó a decir Nathan y fue tras ella.

–En absoluto –dijo ella y entró en la casa–. Debo confesar que estaba deseando ver esta casa desde que empezaron a construirla hace un año.

Un segundo más tarde le oyó entrar y cerrar la puerta con resignación.

–Señorita Sanders...

–Llámeme Keira –se giró hacia él y le lanzó una sonrisa.

–Bien. Keira –se metió las manos en los bolsillos.

–No se preocupe –dijo ella, y entró en el salón–. No lo entretendré mucho. Sólo quería darle la bienvenida para que sepa que no está solo.

–Prefiero estarlo –le dijo sin rodeos desde el recibidor.

Ella se detuvo y se volvió hacia él.

–¿Por qué? –él se puso aún más tenso–. En cualquier caso le he traído algunas cosas que le harán más agradable la estancia.

Puso la cesta sobre una mesa labrada a mano que habría costado más que su sueldo de un mes.

–No es necesario.

Ella hizo caso omiso y empezó a sacar cosas de la cesta.

–Un tarro de mermelada casera. Margie Fontenot, la viuda del ex alcalde, hace la mejor mermelada del estado. Una botella de vino de la licorería de Stan. Pan fresco y un paquete de café de Jamaica –prosiguió–. Un tarro de salsa de tomate del restaurante Clearwater. Debería ir a cenar allí todos los días. La terraza ofrece una preciosa vista del lago y no hay un lugar mejor para ver la puesta de sol...

–Señorita Sanders...

–Keira.

–Keira, si no le importa...

–Y –ella siguió como si nada– hay algunas cosas más, pero dejaré que usted mismo las vea.

–Gracias.

–Bueno, ¿hay algo más que pueda hacer para hacerle más interesante la visita?

–¿Irse?

Keira sacudió la cabeza como si estuviera muy decepcionada. Se dio un paseo por aquel enorme salón y deslizó una mano por la repisa del hogar. El calor que despedía era muy agradable. Examinó el resto de

la habitación y se fijó en la vista del lago que se veía a través de aquellos enormes ventanales. La luna estaba saliendo y el agua resplandecía tímidamente.

Intentó calmarse un poco, pues no era buena idea insultar a aquel hombre. ¿Por qué estaba siendo tan desagradable con ella?

Cuando por fin lo miró, se preguntó otra cosa: ¿por qué le resultaba tan intrigante a pesar de su grosería?

Capítulo Dos

Nathan ya había tenido bastante. No llevaba ni una hora en la mansión y ya tenía un invitado no deseado. Además, Keira Sanders hacía caso omiso de sus indirectas.

La miró de arriba abajo. Llevaba unos vaqueros desgastados ceñidos que le encajaban como un guante, y un suéter negro de manga larga hasta la cadera que realzaba sus curvas. El pelo, de color rubio cobrizo, le caía sobre los hombros haciendo ondas que parecían bailar al mínimo movimiento.

Nathan nunca había visto a una mujer tan intranquila. No se estaba quieta ni un segundo y no hacía más que tocarlo todo. Tenía que sacarla de allí cuanto antes aunque resultara grosero.

–Gracias por venir –le dijo, y esperó a que dejara de mirar las estanterías llenas de libros antes de seguir–. Pero si no le importa, me gustaría que se fuera.

–Vaya –dijo ella con suavidad–. ¿Es que

nadie le ha enseñado cómo tratar a un invitado?

Él tragó con dificultad.

–Usted no es mi invitada. Es una intrusa.

Ella se echó a reír.

–¡Pero soy una intrusa que le ha traído regalos!

Nathan salió del recibidor al darse cuenta de que quedarse allí no sería suficiente para echarla. Nunca había conocido a nadie así. Parecía inmutable ante la grosería y esa actitud alegre debía de molestar mucho a los que la conocían.

–Mire –le dijo acercándose–. He tratado de ser amable.

Ella parpadeó perpleja y forzó la sonrisa.

–¿De verdad? Pues sí que lo ha intentado.

Nathan frunció el ceño e ignoró la insinuación.

–Le agradezco los regalos. Gracias por haber venido hasta aquí, pero realmente prefiero estar solo.

–Oh, seguro que quiere acomodarse –dijo Keira agitando una mano–. Y no me quedaré mucho tiempo más. Se lo prometo. Sólo quería decirle que Hunter's Landing está a su disposición para cualquier cosa que necesite.